Del amor y los derechos humanos de tercera generación: la solidaridad–fraternidad

Angélica Castañeda Martínez
Juan María Parent Jacquemin

Resumen

¿Qué papel desempeña el amor en el contexto de los derechos humanos en general, específicamente en los de tercera generación y propiamente en la fraternidad-solidaridad? El amor como nuestro humanismo vivificado en la existencia, fuera del concepto y más allá del pensamiento tradicional, es una forma de estar ante el mundo con fraternidad.

El amor es decir sí a la vida, incluso en sus problemas más extraños y duros. Este sí une los opuestos: el día y la noche, la alegría y la tristeza, la vida y la muerte, porque cuando decimos sí nos unimos con el cosmos, somos parte de él. El amor todo lo ama, por eso nos vuelve dioses, por él podemos ser eternos. De ahí la importancia de la solidaridad-fraternidad basada en el amor, más allá de la lógica del concepto, como una forma de vida planteada por los derechos humanos.

Palabras clave: amor, humanismo, solidaridad, máximo y óptimo.

Abstract

What role does love play in the context of human rights in general, specifically in the third generation, properly in the fraternity and solidarity which is the matter that concern us here? Love is like our humanism reflected in existence, outside any concept, beyond the traditional thinking. Love is facing the world fraternally.

Love means saying yes to life, even in its strangest and hardest problems. This one joins the opposites: day and night, happiness and sadness, life and death, because when we say "yes" we link with the cosmos, we became a part of it. Love loves everything, for that reason we turn gods, because of love we can be eternal. Hence the importance of solidarity-fraternity based on love, beyond the logic of the concept, as a lifestyle raised by human rights.

Key words: *love, humanism, solidarity, maximum and optimal.*

Introducción

Estas reflexiones no tienen como objetivo explicar el amor, sino vivir la experiencia de éste. Lejos de toda lógica discursiva, la comprensión es una vivencia auténtica de la existencia.

El devenir de la humanidad ha estado marcado desde la antigüedad por la palabra *amor*, misma que rejuvenece Ricoeur en la filosofía práctica e invita a su reaprendizaje. Tendríamos que reconocer a este autor francés que invite a mundanizar el amor, porque es asunto de seres humanos hechos de tierra y de sangre, porque el sentimiento del amor es lo más humano de lo humano.

¿Qué papel juega el amor en el contexto de los derechos humanos en general, específicamente en los de tercera generación y propiamente en la fraternidad-solidaridad? El amor como nuestro humanismo vivificado en la existencia, fuera del concepto, más allá del pensamiento tradicional, es una forma de estar ante el mundo con fraternidad.

"Conócete a ti mismo", dice el aforismo, pero ¿cuál es el resultado de conocerse a sí mismo? Primero darse cuenta de que la inteligencia es interna y externa; la primera corresponde a lo inmaterial, al pensar meditativo, y la segunda, a la materia, a las formas, por lo tanto al pensamiento tradicional.

El ser humano está unido al universo mediante el tránsito constante de la inteligencia externa a la interna, lo que constituye el ritmo cosmológico. Este ir y venir proporcionado en igual medida es la armonía, además se manifiesta de múltiples formas en la naturaleza, como el ocaso y el amanecer, las estaciones del año, llorar y reír, la vida y la muerte; incluso el dar y el recibir, como la comprensión de lo que se ha llamado reino de los cielos, el futuro prometido.

1. El reino de los cielos como solidaridad-fraternidad

En su libro *El reino de Dios está en vosotros,* Tolstoi recuerda que la organización primitiva de la sociedad cristiana, de la que, según él, hoy sería considerada por la iglesia romana como terrible y hereje, fue el

ideal de la organización social basada en la libertad, la igualdad y la fraternidad. Si la sociedad volviera a su doctrina pura, la existencia de los reyes y de los papas sería inútil, y la ley única de amar bastaría para el orden social.

Algunos de los postulados del cristianismo primitivo consistían en llevar una vida pura, no jurar, nunca resistir el mal, abandonar cualquier frontera entre las naciones.

¿Cómo resolver el antagonismo entre personas, sobre todo cuando algunas de ellas consideran un mal aquello que otras consideran un bien y viceversa? "Vosotros sin embargo, buscáis matarme, a mí que os he dicho la verdad [...] y la verdad os hará libres" (Jn 8, 40). Esta doctrina consistía en la búsqueda de la verdad y en su observación, en la realización cada vez más perfecta de la verdad y del deseo de aproximarse a ella, siempre más en la vida práctica.

> Cada situación, según esta doctrina, no es más que una etapa hacia el camino de la perfección interior y exterior realizable. La felicidad no consiste sino en aspirar siempre a la perfección; el alto en cualquier grado de perfección es la felicidad. La mano izquierda ignora lo que hace la derecha. El labrador que toma el arado y mira hacia atrás no es digno del Reino de los Cielos (Tolstoi, 1999: 65).

Siempre se puede no mentirse a sí mismo y a los demás, esto bastaría para que la situación cambiara rápidamente por sí misma.

Si se pierde para siempre la posibilidad de ver el mal que se hizo a los otros y sobre todo a sí mismo, se ha consumado inútilmente una vida que fue dada solamente una vez en toda la eternidad, y sin realizar la única cosa que se tenía que hacer.

Por más común y antiguo que parezca, por más perturbador que sea la hipocresía y por la autosugerencia que de ella resulta, nada puede destruir la certeza de esta verdad simple y clara: ninguna condición material puede garantizar la vida, que los ineludibles sufrimientos acompañan y a la cual la muerte infaliblemente pone fin y que, por tanto, no puede haber ningún otro sentido excepto el cum-

plimiento constante de aquello que implica el poder que determina la vida como única vía verdadera: la razón consciente.

> He aquí porque este Poder no nos puede pedir lo que es irracional e imposible: el orden de nuestra vida temporal, de la vida social y del Estado. Este Poder sólo nos pide lo que es racional, verdadero y posible: servir al Reino de los Cielos, esto es, colaborar para el establecimiento de la mayor unión entre todos los seres vivos, unión que es posible por nuestro poder-amor (Tolstoi, 1999: 171).

"Buscad en primer lugar el Reino de los Cielos y su justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura" (Mt 6, 33). El único sentido en la vida es servir a la humanidad, así se podrá establecer el reino de los cielos. El evangelio de Tomas, hallado en 1945, expresa:

> Dijo Jesús [...] más el Reino está dentro de vosotros y fuera de vosotros. Cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, entonces seréis conocidos y caeréis a la cuenta de que sois hijos del Padre viviente. Pero si no se conocéis a vosotros mismos, estáis sumidos en la pobreza y sois la pobreza misma (Pagels, 1979: 32).

¿Cuál es la forma de echar por tierra el espíritu de lucro que tanto daño ha hecho a la humanidad y que la ha llevado casi a su fin? Comprendiendo la dualidad de la inteligencia interna y externa, convertirnos en maestros de esta transición, vigilar que estemos siempre en este constante fluir, eso es vivir en el universo.

> Entonces, ¿qué hacer para encontrar la solución, para evitar el espíritu de lucro, para hacer que llegue el Reino de los Cielos, que está en nosotros y alrededor de nosotros? Amigo mío, dice Jesús, hay que nacer de nuevo. ¿Qué es lo que te ha conducido a liarte con ese sistema tan complicado de comodidades? ¿Tus faltas, tus defectos, tus malas intenciones? Tal vez, pero más aún [...] la inteligencia torcida y todo lo que deriva de ella: el mundo al revés (Lanza, 1993: 8).

¿Qué es el reino de los cielos? ¿Es sólo una quimera religiosa o una posibilidad real de vivir aquí y ahora conforme a la naturaleza? Justo aquí encontramos un ejemplo de la inteligencia externa torcida porque ha puesto el mundo al revés: si nos portamos bien, después de morir, y sólo entonces, iremos al reino de los cielos. Sin embargo, si vivimos en armonía, coexistimos simultáneamente con el llamado reino de los cielos.

> ¿Y qué es lo contrario de este espíritu mundano que tiende al disfrute egoísta y al lucro? Es la "caridad", ese amor sin mezcla de odio o de indiferencia, esa manera propia de ser humanos, que va desde el amor al prójimo sea quien sea hasta el amor al enemigo, que se extiende a toda la creación y a todas las creaturas, en una palabra el Reino de los Cielos transformado en una manera de ser (Lanza, 1993: 8).

El reino de los cielos como una manera de ser, es decir, lo que hace el ser humano que ama y se afirma en la vida es conquistarse a cada instante al dominar su caos, al dar un sentido a su vida, imponiendo una ley, un orden, un ritmo a su temporalidad y unificándolos en un todo. Si no hace esto se verá abatido por el caos, esto es, por la multiplicidad de las impresiones y de las determinaciones cambiantes e imprevisibles que se mueven en todas las direcciones en el seno último del acontecer. Verá anulada y fragmentada su vida en momentos sin sentido.

La creatividad es cuestión de conocimiento de sí mismo, porque crear es ordenar el caos constitutivo de la existencia, dar a ésta una estructura que va más allá del momento presente y organiza el futuro alrededor de un fin; con ello no sólo se da sentido al futuro, sino también al pasado. En otras palabras, al crear un orden a cada momento de la vida se reúne la diversidad del pasado, presente y futuro. Esto corresponde a dar justamente un sentido a la Tierra.

Hablar del reino de los cielos como una ordenación rítmica del amor y, por tanto, de la solidaridad-fraternidad, equivale a decir, como Heráclito de Éfeso, que todo el devenir está ligado al ritmo. Así que vivir, existir, devenir es instaurar una relación de equilibrio

sobre un fondo de desequilibrio; es dominar el desorden mediante una organización regular y simétrica; es crear un mundo, esto es, un orden y una proporción divina a partir del caos: la solidaridad-fraternidad.

¿Cómo hace esto el ser humano? El ser humano es una criatura que inventa formas y ritmos; por ejemplo, el ojo se ejercita: si no tiene nada que ver, crea algo que ver. Sin esta transformación del mundo en formas y en ritmos no habría nada que fuese idéntico y, por tanto, ninguna posibilidad de experiencia ni de asimilación ni de nutrición.

El ser humano engendra un ritmo para vivir en armonía; no obstante, somos una civilización sin ritmo, el cual está roto a causa del sistema económico inhumano imperante, que es la aplicación de la inteligencia torcida —el conocimiento pervertido por el disfrute egoísta y el lucro convertido en la ciencia del bien y del mal—, el mundo al revés, el mundo de los mejores.

> ¡Pues vaya! dirán algunos: ¡Ese es el mal propio de los sinvergüenzas, ladrones, estafadores, disolutos y canallas de toda la ralea! El mal de éstos es absolutamente insignificante [...] El verdadero mal "es aquel cuyo servidor comprometido, pagado, honrado y decorado es la gente mejor" [...] No es por culpa de los vicios ni de la malicia por lo que se producen las guerras y las revoluciones y persiste la miseria. Es a causa de la virtud y de la ciencia de los que son demasiado inteligentes externos. Porque evidentemente Hiroshima y Nagasaki no son obra de viciosos y borrachos, sino de grandes científicos, de militares y de políticos sesudos (Lanza, 1993: 8).

Esta falta de unidad se padece hoy por hoy, se opone irónicamente a la perfección que da el amor como creación del ritmo. ¿Cómo rechazar una injusticia sin conectarse con otra injusticia? Mediante la *caridad*, este amor sin mezcla de odio ni indiferencia, porque lo que es esencial en el amor es el perfeccionamiento de la existencia, provocar la perfección y la plenitud. Por tanto, el amor es esencialmente la afirmación, la bendición y la divinización de la existencia.

El rasgo característico de una civilización en desamor es la crisis existencial que se vive, cuyo desequilibrio interno significa que su estado habitual es la anarquía de los instintos carentes de una autorregulación efectiva. Hay un círculo vicioso entre una voluntad débil, incapaz de imponer una dirección unitaria a los impulsos y la lucha interna de éstos que se contraponen entre sí. Este descontrol de los instintos va unido a una sensación de miedo y de inseguridad, por lo que ante la incapacidad para dominar se impone la tendencia a tiranizar.

Lo feo debilita, aflige, pone ante los ojos la impotencia, la degeneración, la decrepitud, la falta de libertad y el declive de las fuerzas vitales. Cuando el ser humano sufre la fealdad, sufre el fracaso de sí mismo. El afeamiento expresa la debilidad de una acción minada por la contradicción y el descontrol de los impulsos internos; expresa una voluntad agotada y sin fuerza organizadora. Por ejemplo, el positivismo de Augusto Comte —como lo vivimos—se ha vuelto un modo de empobrecer todas las cosas; en lugar de potenciar, de transfigurar, se apodera de las cosas para hacerlas enflaquecer; deforma la realidad porque deja huecos. Es el azar, la inseguridad en que vive la sociedad, inmersa constantemente en el miedo. Es el polvo de lo indigno porque usa la vida sin darle nada a cambio. Es el disgusto por la vida que presenta al mundo como absurdo, malo, engañoso, para suponer o desear encontrar el ideal que se proyecta en lo antinatural, antirreal o antilógico. El efecto del que juzga así es el empobrecimiento del mundo como consecuencia del sufrimiento no-entendido.

Por el contrario, la creación de lo bello es la forma más elevada de afirmar la vida. La fuerza transfiguradora del amor no debería aspirar a lo perfecto, a la sensualidad, sino a la vida como una sensación de bondad. Esto es, la producción de lo bello es una expresión de un elevado sentimiento de amor.

¿Qué sería del universo sin gravedad? El amor funciona como centro de gravedad porque es la fuerza unificadora de la voluntad capaz de crear una integración armónica de la diversidad no-violenta. Es un tipo de entrelazamiento y parentesco con todo lo que existe.

La multiplicidad y disgregación de los días es la falta de un orden que dirige, es la causa de una voluntad débil; mientras que la coor-

dinación bajo el predominio de un solo impulso da como resultado la voluntad fuerte. En el primer caso tenemos la falta de centro de gravedad, en el segundo caso, la existencia clara de orden y dirección.

La realidad es fruto de la decadencia por la debilidad, de una moral misantrópica que es el resultado del miedo y el recelo por lo sensible y la fuerza de expansión de la vida. La condición humana está enferma; su salud está en la afirmación, en la confianza, en lo sensible y todo esto en la sobreabundancia del amor.

La vida naturalmente es un ejercicio de amor porque es la autoafirmación de sí misma, ésta debería de suponer una confianza incondicionada en uno mismo y en el mundo, es decir, una confianza que no se base en pruebas, sino que descanse en ellas, o bien, la aceptación de la vida tal cual es, incluyendo sus aspectos terribles y hermosos.

Para que la sobreabundancia-amor se manifesté en la realidad, primero hay que entender que la idea del deber ser no es otra cosa que la imposición moral de querer corregir la vida por no poder aceptarla como es. Los conceptos de finalidad o de culpa no rigen el mundo sensible-vida que impone la moral actual. No hay falta ni deuda en el devenir. El ser como devenir no nos debe nada, porque somos devenir.

La vida tiene la capacidad de producir perspectivas a partir de un fondo inocente tejido de impulsos desprovistos de finalidad.

2. El ser humano que ama: fundamento de los derechos humanos de tercera generación, solidaridad-fraternidad

Amor es decir sí, es la aprobación del devenir como inocente, es el agradecimiento por la singularidad eterna de la realidad, es la aceptación del mundo tal como es y su conformidad con todas las consecuencias que esto implica. Porque es mejor amar lo inevitable que negarlo, aprobarlo en lugar de huir de él, considerar cada hecho singular y cada acontecer como un bien tal cual es, sin culpabilizarlo ni rechazarlo.

¿Quién es el único que tiene motivos para evadir la realidad mediante una mentira? El que sufre por una mentira y sufrir por ésta

significa tener una realidad fracasada. En cambio, los seres humanos nobles viven con confianza y franqueza frente a sí mismos y frente al mundo; en ellos la inteligencia rítmica (oscilación constante de la interna a la externa y viceversa) es importante, pero también lo es la seguridad de sus instintos, donde el comportamiento se refina en relación con la estética, que es armonía y se traduce en ética, en que se busca siempre las bellas y nobles acciones por amor propio y, por consiguiente, de la humanidad.

Dar orden al caos equivale a existir como seres creativos. ¿Cómo estamos existiendo? Volvamos a la naturaleza de la *physis* desde la valoración personal: "¿es por abundancia o por deseo que existo? [...] ¿Se está espontáneamente estimulado a partir de una fuerza acumulada o se está excitado de una forma puramente reactiva? [...] ¿Se está enfermo por enfermedad o por tener una salud sobreabundante?" (Nietzsche, 1887: 145).

El amor como sobreabundancia, como prosperidad, como reciprocidad del reconocimiento, como ética: "como es arriba es abajo, como es abajo es arriba" (Trismegisto, 1998: 69), principio de la filosofía hermética que pone de manifiesto: amar todo cuanto existe como a uno mismo. Lo que implica amar con toda la inteligencia, con todos los instintos, con toda la pasión, con todo el ser. Pero, ¿qué amamos así?

Amar de esta manera es existir como un reflejo, como una semejanza, como un doble de sí mismo, como un microcosmos donde es posible la solidaridad-fraternidad. La acción que nos permite reflejarnos es la comprensión. De un camino a otro se encuentra al-caminante-al-peregrino que en su pensamiento y en sus obras ha encarnado el amor. El caminante que se hace dios hace las preguntas y recibe las respuestas. Es el futuro prometido de los derechos humanos.

Así, amar con todas las fuerzas implica mostrar que se ama por medio de actos que exigen fuerza, esto es, servir; el sagrado oficio (sacrificio) que es la donación de sí para el encuentro con uno y con el todo.

El amor que nos convierte en dioses es ascendente. Por ejemplo, es el que pudiera, entre otras cosas, llevarnos al matrimonio como

un momento de creatividad superior, porque impulsa hacia lo bello, lo maravilloso, lo admirable, lo sublime. En otras palabras, la vida es atraída hacia arriba por eros.

El amor concebido como el que pregunta siempre: ¿cómo puedo dar orden al caos?, ¿cómo puedo producir perfección?, ¿qué puedo hacer por ti?, ¿qué puedo hacer por la tierra?

El amor engrandece a los seres humanos, en quienes se exteriorizan virtudes y defectos; del sentido de estas contradicciones nace el gran ser humano, el arco dotado de la más alta tensión.

Lo anterior significa enriquecer al máximo la pluralidad de los instintos[1] para impulsarlos hasta la contradicción. La síntesis unificadora que sea necesaria imponerles eleva cada vez más el sentimiento de amor. El ser humano elevado por el amor pasa primero por una diversidad de instintos que al reorganizarlos impide el inmovilismo.

El ser humano que ama tiene que ser el más rico en contradicciones superadas, el que afirma incondicionalmente la vida, el de grandes pasiones y sensualidades, que ama el riesgo, la aventura y la lucha, que desprecia el inmovilismo y el confort; pero a la vez tiene que ser el más sensible, espiritual y refinado.

La máxima congruencia del ser humano que ama es superar su propia época, es decir, ser un decadente pero al mismo tiempo su antítesis; aprender y experimentar en sí mismo los refinamientos que se derivan de la decadencia. Después de todo, ¿es necesario, o incluso lógico, decir que podemos ser expertos en cuestiones de decadencia? Hay que deletrear esta palabra de derecha a izquierda y viceversa.

Desde la óptica del enfermo, elevar la vista hacia conceptos más sanos y, a la inversa, desde la plenitud y autoseguridad de la vida rica bajar los ojos hasta el secreto trabajo del instinto de decadencia. Este es nuestro más largo ejercicio como auténtica experiencia. Lo excelente sería que aquí y ahora lo tuviéramos a la mano para dar vuelta a las perspectivas, "primera razón por la que acaso únicamente a mí me

[1] Los instintos aquí no son la naturaleza en sí del ser humano, sino el resultado de un proceso de configuración, de moldeamiento, de regulación de las fuerzas plásticas que rigen la lucha del organismo con las fuerzas del medio.

sea posible en absoluto una transvaloración de los valores" (Nietzsche, 2001: 83).

Actualmente, hay pobreza de instintos porque está presente una desorganización y fragmentación interna, porque existe terror al cambio y a lo desconocido y, sobre todo, por la incapacidad para dominarse y realizar con autonomía el proyecto de vida. Se trata del esclavo que necesita órdenes porque no se sabe obedecer a sí mismo, es la moderna esclavitud a la que se sucumbe por la facilidad del confort.

Una humanidad afirmativa confía en la vida como un movimiento constante de autocreación y autodestrucción (autoconocimiento vivido), en el retorno al amor como punto culminante en el devenir, como suprema energía. La verdadera grandeza requiere la amplitud de la diversidad máxima. Aquí cabe decir sí al "ciudadano del mundo" —término que propone los derechos humanos—, desde la universalidad que comprende la perspectiva de la vida que abre sin restricciones todas las posibilidades de interpretación.

Un mundo sin fronteras porque ha comprendido su universalidad, porque vive en el amor que actúa para superar cualquier limitación, cualquier tentación de encerrar la realidad en el dogmatismo de un esquema explicativo, eso que conduce al fanatismo y a la tiranía de la moral, ahí donde nace la violencia.

En cambio, la universalidad humana, para quien lo esencial es la facilidad de la metamorfosis, el temple para evitar la reacción porque le resulta imposible no comprender una situación cualquiera, porque tiene siempre presente todo signo de afecto, poseyendo el más alto grado de comprensión y del arte de la comunicación, se introduce en toda piel y afecto, y se transforma permanentemente.

El mandato de los derechos humanos es que existamos como ciudadanos del mundo por fortaleza de espíritu, esto es, por la sabiduría. El amor al conocimiento no implica ser el mejor, porque esto representa la carestía en la que vivimos: el empoderamiento del hombre sobre el hombre, en ello se basa la especialización científica en nombre de las exigencias del trabajo y de la sociedad, donde la perspectiva de la vida se hace cada vez más estrecha y enfrenta el peligro de extinción.

"Si nuestra cultura nos hace especialistas, el camino de la sabiduría nos hace universales; si la actualidad debilita la voluntad entonces la grandeza hoy consiste en la voluntad; si nuestra cultura desarrolla el animal del rebaño entonces la grandeza está en vivir solo —en la obligada introspección— y a la medida de uno mismo" (Nietzsche, 1987: 67). El ser humano que ama alcanza los horizontes más amplios; va solo, a contracorriente, desprovisto de instintos gregarios pero dotado de una voluntad irreductible que le permite conocer numerosas metamorfosis y sumergirse en las profundidades siempre nuevas de la vida desde la generosidad, viendo al otro como expresión de fraternidad.

La pregunta obligada en todo tema humanístico y desde luego en los derechos humanos: ¿cuál es la contranaturaleza de la cultura?[2] La beatitud eterna es un absurdo psicológico. Los seres humanos fuertes y creadores no conciben nunca placer y dolor como las últimas cuestiones del valor. Son estados correlativos. Hay que considerar a ambos si se pretende alcanzar cualquier cosa. Los metafísicos y la gente religiosa delatan algo enfermo en el hecho de poner en primer plano los problemas del placer y del dolor.

El ser humano que ama como espíritu creador y fraterno, como el ser humano del futuro desde hoy, como libertador, como el ser humano de la gran decisión. La humanidad como experiencia de síntesis es lo suficientemente fuerte y originaria como para empujar hacia valoraciones contrapuestas y para invertir valores-eternos. Seres humanos cuya humanidad sea precursora del futuro, que aten en el presente la coacción y el nudo de varias generaciones a seguir nuevas vías. Este es un posible arquetipo que propone la fraternidad como derecho humano.

La cultura consistiría en la posibilidad de que algunos individuos puedan sustituir un modo de interpretar la vida por otro, además de intervenir en el conjunto de sus valoraciones principales por

[2] La aristocracia como la cultura de la transfiguración, de la experimentación, del riesgo, del matiz como consecuencia de una gran riqueza de fuerzas. El término cultura en lo subsecuente tendrá este cariz.

las contrarias. Esto no es algo que se espera suceda si se permanece sólo en el plano de la argumentación racional.

Por ejemplo, no serviría de mucho una labor de concienciación de la sociedad para proporcionar información, tratando de aumentar el conocimiento a la manera de una nueva ilustración de la que se esperaría en vano un incremento de virtudes. Como se ha visto, la efectividad y seguridad de la acción depende de los impulsos. La conciencia y la razón no son más que consideraciones secundarias, muchas veces superfluas o irrelevantes respecto de cómo funciona el organismo en relación a su medio. Los impulsos actúan como una especie de memoria de evaluaciones vitales incorporados a los mecanismos de acción.

Lo efectivo es aquello que funciona como primera instancia en el comportamiento real, como lo demuestra el hecho habitual de que no basta con saber que algo es malo o perjuicioso para dejar de hacerlo. La conciencia no desempeña un papel verdaderamente esencial cuando entran en acción los mecanismos infraconscientes e instintivos que se han introyectado y en los que se apoya la dinámica de relación con el medio y de enfrentamiento con otras fuerzas que afectan.

Por ejemplo, no se enfrenta una enfermedad con argumentos, tampoco se refuta una moral que forma parte de las condiciones de existencia de los individuos. Se puede contradecir una opinión o una convicción haciendo ver las incoherencias, arbitrariedades o incluso los perjuicios; lo cual no significa suprimir dichas necesidades, si se pretende cambiarlas se debe actuar justamente sobre ellas.

Los falsos valores no se pueden eliminar mediante argumentos racionales, como tampoco una óptica falseada en el ojo enfermo. Hay que comprender la necesidad por la que existen; son el resultado de causas que no tienen nada que ver con argumentos racionales. La cultura actual engloba moral, religión, ciencia, instituciones políticas, práctica del derecho, etcétera, instrumentos con los que se generalizan determinadas condiciones de existencia que los individuos incorporan bajo la forma de cultura y por tanto de valores.

El efecto, la efectividad o la eficacia de esos agentes culturales no se dirigen al espíritu ni a la razón de los individuos primeramente,

sino a su cuerpo, donde la cultura presiona y ejerce su coacción, por lo tanto obliga a una tarea de grabación neurológica y de incorporación de sus juicios de valor en forma de instintos.

Del cuerpo[3] brota originariamente toda interpretación. Frente a esa fuerza generadora de sentido, el espíritu es un camino subalterno encargado de un revestimiento intelectual o ideológico que no toca para nada al núcleo fundamental. De ahí que Nietzsche insista:

> No debemos equivocarnos sobre el método en este punto: una mera disciplina de los sentimientos y los pensamientos es casi igual a cero; es preciso persuadir primero al cuerpo [...] es decisivo para la suerte de los pueblos y de la humanidad el que se comience la cultura por el lugar justo: no por el alma (ésa fue la funesta superstición de los sacerdotes y políticos), el lugar justo es el cuerpo (Nietzsche, 2002: 81).

Hay que determinar cuáles son las fuerzas en que las culturas adquieren su forma y cuáles son los instintos de los que se valen para ejercerse, pues de ello depende intentar una modificación. Si bien hay una diferencia sustancial en el modo de ejercer esta fuerza, puede vivirse como violencia reactiva desde el miedo y la debilidad, ambas formas como ignorancia acerca de la vida, o como potencia creativa de carácter afirmativo, como movimiento de autosuperación en armonía con lo que es la misma vida.

El impulso esencial de lo vital como amor no es autoconservarse, sino crecer y fortalecerse, no sólo constancia de la energía, sino una economía de la máxima acumulación, de manera que el querer hacerse más fuerte como impulso de todo centro de gravedad-fuerzas sea la única realidad. No autoconservarse, sino apropiación, querer hacerse dueño, querer ser más que las dificultades, querer hacerse más fuerte. Este es el ser humano capaz de la fraternidad como una forma

[3] Veamos al cuerpo desde la proporción divina que se vive como un conjunto de configuraciones, de instintos que garantizan ciertas formas de existencia y que son el resultado de la forma particular en la que se efectúa el trabajo de la interpretación del amor y de la vida.

de vida, porque es la realización misma de la declaración universal de los derechos humanos, cuyo ideal jurídico, es en esencia filosófico, de ahí estas reflexiones.

Si la vida es esta tendencia a un estado máximo-de-potencia-sobreabundancia, si es esencialmente un esfuerzo hacia la obtención de más poder, eso quiere decir que el nivel supremo al que pudiera llegar un ser vivo en *stricto sensu* y en *lato sensu* no puede tener nunca la forma de una descarga brutal e incontrolada de toda esa fuerza acumulada, sino su retención, acumulación y autodominio cada vez mayor como sentimiento de plenitud. Entonces, el ser humano superior que viviera de acuerdo con este impulso esencial de la vida se definiría al mismo tiempo por la fuerza de sus instintos y su capacidad para mesurarlos.

¿Cómo se acumula el máximo posible de fuerza? Favorecer la expansión de la sobreabundancia en los seres humanos implica la intensificación de todos sus instintos y afectos poderosos, lo que significa admitir el riesgo y el peligro, donde el amor crea una relación de retroalimentación que traduce el dinamismo de fuerzas propio del poder afirmativo de la vida. La acumulación de fuerzas crece en tanto más grandes y peligrosas son las fuerzas que se asimilan, lo que proporciona las condiciones óptimas de poder para crear una cultura forjada por seres humanos así.

Un punto a seguir para estos efectos, sin duda irrebatible cuando se prueba y se practica: mesurar las pasiones, no debilitarlas ni extirparlas, pues cuanto más grande sea la soberanía del querer más libertad podrá dar a sus pasiones. La grandeza del ser humano que ama reside en el margen de sus apetitos y en el poder aún mayor con el que sabe poner a su servicio estos monstruos espléndidos.

Si una pluralidad de instintos concurrentes se desarrolla al mismo tiempo sin una organización jerárquica entre ellos, en la ausencia del necesario centro de gravedad, ningún instinto dominante tendrá la capacidad de liderar el autodominio del conjunto, que es lo que permite la acumulación y la retención de la fuerza en lugar de la dispersión. Nietzsche lo llama "la decadencia como anarquía", en *Las incursiones de un intempestivo,* específicamente en el aforismo 41 que

dice que los instintos luchan entre sí derrochando fuerzas y debilitando al individuo que es, en consecuencia, incapaz de dominarse.

3. La relación del amor con los derechos humanos de tercera generación: solidaridad-fraternidad

El amor-fraternidad como un derecho humano *per se* posibilita la forma de alcanzar la seguridad de los instintos. Al margen de la intervención o no de los elementos conscientes y racionales, los seres humanos actúan con prosperidad en las diferentes situaciones de su vida de manera espontánea: los buenos reflejos del guerrero en el campo de batalla.

Para mantener la autorregulación interna de las fuerzas no es necesario negar nada; al contrario, hay que estar abiertos siempre a lo diverso y esforzarse por integrarlo. Es suficiente con que lo diverso o lo malo se modere y se mesure para que no altere interiormente el equilibrio; esto es amor.

Entonces, los derechos humanos podrían proponerse como una cultura de la aceptación y la integración de lo diverso, al hacer una inteligente exaltación de los instintos fuertes como una condición de vida, de tal forma que su coacción se traduzca en las costumbres que permeen en las instituciones. Sublimar a los derechos humanos hasta espiritualizarlos,[4] hasta lograr que se mimeticen en el cuerpo de todos los seres humanos con el conocimiento de sí mismos, esta es la visión humanista de los derechos humanos, más allá de lo jurídico.

El espíritu no ejerce su ingeniosidad para anular el instinto, sino para desplazar la manifestación de su fuerza. En este caso, lo que se logra es que el instinto sublimado no tenga ya el carácter de una fuerza capaz de desencadenarse incontroladamente, sino la forma de un poder que se mesura y sirve a la creatividad.

Bajo el proceso de sublimación de los derechos humanos no cambian los instintos de la humanidad ni su naturaleza, aún espiri-

[4] Aquí, el espíritu es la ingeniosidad como riqueza de recursos para mesurar la fuerza de otro instinto hasta refinarlo.

tualizados siguen siendo los mismos instintos. Lo que cambia es la forma en que se manifestarán los derechos humanos. La sublimación no significa, en suma, ni represión ni suplantación, sino una determinada forma de vida. Así, los derechos humanos sublimados con el amor como sobreabundancia son orden, camino y autosuperación.[5]

La sublimación de los derechos humanos, específicamente el de la fraternidad como la realización del reino de los cielos (conforme a lo que aquí se plantea) se expresa mediante la exaltación-conocimiento del propio cuerpo en la transfiguración de la vida, en sobreabundancia.

Por ejemplo, la sublimación de la rivalidad consiste en comprender profundamente el valor que significa tener enemigos, en lugar de querer su aniquilación. Cuando la enemistad se espiritualiza, se hace inteligente y reflexiva, automáticamente se manifiesta como indulgencia. Sucede lo mismo cuando un partido político se da cuenta del interés que le representa que el partido opuesto no pierda fuerza, pues sólo en la antítesis se ve lo necesario, sólo en la confrontación un partido llega a ser necesario.

¿Cómo llegar al *optimum* en los derechos humanos? ¿Cómo vivir el *máximum* de los derechos humanos? Aspirar a una nueva ética basada en la afirmación del cuerpo y de la tierra, que busca la máxima acumulación de energía para fortalecerse y crear.

> Se trata de la búsqueda de un *optimum* de las condiciones más favorables en que poder desahogar del todo su fuerza y alcanzar un *máximum* en el sentido de poder [...] De lo que hablo no es de un camino hacia la felicidad, sino de su camino hacia el poder, hacia la acción, hacia el más poderoso hacer y de hecho en la mayoría de los casos, su camino hacia la infelicidad (Nietzsche, 2001: 65).

[5] La autosuperación entendida como superación de sí cuando se vence a la negación de la vida saliendo del nihilismo negativo. La autosuperación se mide no por la cantidad de fuerza que se llega a ser capaz de desencadenar, sino por la cantidad de fuerza que se es capaz de mesurar.

¿Qué destruye más rápidamente que trabajar, pensar, sentir sin necesidad interna, sin una elección profundamente personal, sin placer? La cultura moderna favorece la disipación de nuestras fuerzas, porque sustrae la libido como potencia creadora; a cambio genera nerviosismo y ansiedad, que son las agitaciones de la existencia. La fuerza se descarga a cada instante, por lo que es imposible su retención y acumulación por ignorar cómo es la vida. La esclavitud moderna se sostiene en el fondo de esa ansiedad, obediencia y sobreactividad (explotación del ser humano); el miedo a salirse de los cánones, a pensar en uno mismo por amor.

Somos pobres de tiempo, ese frenesí de la prisa establece una relación opuesta a la sobreabundancia-amor de la serenidad, a una lentitud que responde al cultivo de la fuerza, a su acumulación. Sólo desde la apreciación personal de la quietud es posible el refinamiento de uno mismo y la espiritualidad. La prisa social en la que se vive acaba con la parsimonia y delicadeza para expresar finos sentimientos entre los seres humanos.

Nuestra educación, contraria al amor, nos enseña a vivir sin nuestra sobreabundancia, porque no se plantea una visión de desarrollo armónico del ser humano, sino que sólo se lo prepara como un ciudadano estándar y para la actividad profesional. Se trata de una modernidad que adiestra para soportar y perecer por cansancio y automatismo. Manda la mediocridad sin el menor deseo de crear algo o transformar de algún modo su existencia.

El deber ser es un ontologismo que guillotina la sensibilidad. Ésta conecta con la vida e inspira siempre a optar por acciones correctas; por lo que los derechos humanos son la naturaleza de la vida. Hacer esto o aquello porque así debe ser, llamado también obligación o moral, es el defecto por la falta de orden, éste que es el ritmo natural de la vida. El amor como experiencia del mundo, como devenir, como solidaridad-fraternidad, es sabiduría.

Una humanidad fuerte es una humanidad sana, hábil en todas las actividades corporales, con una cultura elevada que le permite a cada uno mantenerse a plomo respetándose a sí mismo y a quien le es lícita la osadía de permitirse el ámbito entero

y la riqueza de la naturalidad, que es lo bastante fuerte para esa libertad.

Una humanidad tolerante no por debilidad, sino por fortaleza, que sabe transmutar para que todas las cosas se vean enriquecidas con la propia plenitud. Un mundo plenificado, sobrecargado de energía. Un transmutador de las cosas que refleja el máximo poder y perfección que han logrado alcanzar: el amor. La transmutación es el nivel más elevado de sublimación de la existencia al que puede aspirar la humanidad.

La nausea que la humanidad moderna padece es su voluntad de vacío, traducida en *pathos* como la imposibilidad de vivir unidos. Ante este existencialismo surge la transmutación que le devuelve a la tierra su sentido y a los seres humanos su esperanza, cuando vence al dios-cristiano como una representación del vacío y sale al mundo como un ser humano libre.

El amor, en cambio, retorna todo a su origen; determina una y otra vez reunir el pensamiento tradicional y el meditativo en un significado de evolución que es unificador porque se trata de la conquista incesante de uno mismo. Unificar-amar es eternidad como condición de vida.

El amor es la sinergia como un juego espontáneo de aumentos y disminuciones que discurre a través de la formación, la desintegración y la recomposición continua del universo. El amor como fraternidad, como un derecho humano es una posibilidad de felicidad para la humanidad.

El amor en nuestros días puede sentirse como algo imposible, como una carga, lo que provoca una crisis mayor. El valor de esta crisis es que purifica a la humanidad, al concentrarla y emparentarla; a los seres humanos de mentalidades opuestas asigna tareas comunes. El amor es el martillo del escultor, sin aquél no hay fuerza que mueva a los demás utensilios a crear una obra de arte.

La vida eterna, el gran misterio de los helenos, es el amor, aquel que anunciaba Jesús para el futuro prometido (reino de los cielos), que vuelve sagrado el pasado por su aprendizaje. "La vida verdadera como supervivencia colectiva apoyada en los misterios de la sexuali-

dad. En la filosofía hermética, el misterio del dolor queda santificado, porque todo es devenir y crecer, todo lo que es garantía del futuro prometido implica dolor" (Trismegisto, 1998: 91).

El amor como la luz para el fuego de la humanidad. El amor como sobreabundancia porque se ama a sí mismo en uno, porque acepta las lágrimas y las sonrisas, la creación y la destrucción, al hombre y a la mujer como una sola persona. Entrega y desposesión de sí sin temor al abismo final.

El amor es decir sí a la vida, incluso en sus problemas más extraños y duros. Este sí une los opuestos: el día y la noche, la alegría y la tristeza, la vida y la muerte, porque cuando decimos sí nos unimos con el cosmos, somos parte de él. El amor todo lo ama, por eso nos vuelve dioses, por él podemos ser eternos. De ahí la importancia de la solidaridad-fraternidad basada en el amor, más allá de la lógica del concepto, como una forma de vida planteada por los derechos humanos.

Fuentes consultadas

Bibliografía

Lanza del Vasto, Joseph Jean (1993), *La fuerza de los no-violentos,* Bilbao, Mensajero.

Nietzsche, Friederich (1887), *Nachgelassene fragmente,* KSA.

_____ (1987), *Más allá del bien y del mal,* trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza.

_____ (2001), *Genealogía de la moral,* trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza.

_____ (2002), *Crepúsculo de los ídolos,* trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza.

Nueva Biblia de Jerusalén (1998), dir. ed. de José A. Ubieta López, México, C. Católica.

Pagels, Elaine (1979), *Los evangelios gnósticos,* trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Grijalbo.

Trismegisto, Hermes (1998), *El Kybalion,* 2a ed., México, Grupo Tomo.

Mesografía

Tolstoi, León (1999), *El reino de Dios está en vosotros,* http://www.colegiosao-francisco.com.br/alfa/leon-tolstoi/o-reino-de-Deus-esta-em-vos-3.php, enero de 2014.